

LA NUEVA INTERNACIONAL

Por Louise Michel

¡QUÉ EXTRAÑA Y PAVOROSA HISTORIA la que narran los cronistas, de la actual guerra que se libra en el Extremo Oriente!

Esa historia provoca en nuestra mente los lejanos recuerdos de las antiguas leyendas...

Así la narración de las naves rusas que zozobran y se hunden, ya accidentalmente, ya combatiendo, reculando siempre detrás de las japonesas, nos recuerdan a La Invencible que, bajo Felipe II de España, vio sus naves, verdaderas ciudades flotantes, deshacerse y sumergirse con furia contra los barcos enemigos, arrastrando por la tempestad sus despojos contra los escollos y las rocas ingentes de Holanda y Escocia.

Los relatos que se nos ofrecen de las batallas en tierra firme, nos refieren lúgubres escenas de un espanto formidable. Cientos, miles, centenares de miles de sacrificados al Moloch de la guerra, caen allá lejos, en los abismos, en el hielo, bajo el hambre y la peste, sobre el fango sangriento, cuando no tienen la dicha de acabar en un momento bajo el ebrio y bárbaro empuje de un bayonetazo.

Pero a esos innumerables soldados muertos en la batalla, desaparecidos entre las olas con sus naves, van a substituirlos siempre otros nuevos, arrancados al laborioso hormiguero de la inmensa Rusia. Allí van con nuevas armas a ser nuevas víctimas, que desaparecerán sucesivamente en el combate. Allí, en aquella especie de carnicería humana que no se sacia, continúa su obra funesta la guerra, día y noche, degollando a los hombres de una y otra patria. En nombre del zar, el padre de los padres, va siempre nueva carne de cañón, carne de matadero

atravesando la Manchuria, en trenes atestados de hombres, en trenes que se suceden sin descanso, atestados de nuevas víctimas para el sacrificio de la gran batalla.

Parece como si el grano surja más lozano y hermoso de la tierra empapada de sangre, bañada por el sudor humano, más fértil que el sudor animal. En efecto, por orden de sus patronos, de sus dueños, que prevén un periodo horroroso de hambre, los soldados rusos siembran el grano por donde pasan los soldados de la tierra conquistada, sirviéndose de los habitantes del país como bestias de tiro en vez de bueyes y mulas, cuya carne se comen.

A los horrores lejanos de la guerra corresponden las luchas intestinas, en el propio corazón del imperio. Un judío polaco, salvado de un naufragio, refería que hacía dos semanas que habían recibido en Polonia la orden de reunirse en Varsovia, para estar prontos para salir hacia Port Arthur. Se sabía demasiado que no teníamos ninguna simpatía por Rusia, sobre todo nosotros los hebreos, que no habíamos deseado la guerra ni habíamos querido por ella abandonar a nuestras familias sin esperanza de volver a verlas. Tendríamos que escapar de algún modo. Así tomamos puerto en la embarcación en que naufragamos. Ignoro si mis demás compañeros se han salvado; pero estoy seguro que todos han preferido perecer en las aguas a volver a ocupar su puesto en Varsovia.

La historia de este judío, es un complemento de los particulares horrores de que tenemos noticia han ocurrido en el pasado mes; de la huelga de las mujeres de los prisioneros políticos polacos, siempre en Polonia, en las prisiones de Kalisz. La huelga se decidió en la cárcel central, poniéndose en práctica enseguida. El gobernador hizo algunas concesiones a los presos que retiró luego, protestaron los burlados, y entonces uno de ellos fue ferozmente azotado. Surgió un tumulto, y enseguida penetraron en la prisión diez y siete oficiales con un escuadrón de soldados todos borrachos. Los prisioneros fueron hallados al

día siguiente con los miembros rotos por los golpes, desfigurados por los bayonetazos y los latigazos de sus verdugos.

Del mismo modo, en Mayo de 1871, los soldados del ejército de Versalles, ebrios de vino y de alcohol, entraron en París.

Y es que las costumbres de esos alumnos de la escuela del crimen no han variado.

Uno de los últimos y fantásticos relatos de esta tremenda guerra, nos muestra a los japoneses valiéndose de una treta digna de la astucia y fantasía de Lady Macbeth. Se trataba de pasar un río. Delante de los rusos, los japoneses, aglomerados, se cubrieron de césped, enmascarándose por completo con la hierba, pudiendo pasar así sin ser descubiertos. El número de japoneses pasó disimulado. ¡Ah! ¡Cuántas hojas verdes serían necesarias para tapar, si se quisiera ocultar, ese río de sangre que se lleva derramado hasta la fecha!

Y todo esto parece que se desconoce aún por la mayoría de los europeos. Se escuchan sólo a los obreros, a los revolucionarios, a los socialistas y a los libertarios que elevan su voz contra el enemigo de la propia unión y de la paz humana. Este es el momento de gritar: ¡No más ejército!

Con este grito la Internacional Antimilitarista puede abarcar todo el mundo.

Tomado de:

Marian Leighton, «ANARCOFEMINISMO Y LOUISE MICHEL» s.l.: La Congregación (Anarquismo en PDF), 2023.

https://anarkobiblioteka3.wordpress.com/wp-content/uploads/2016/08/anarcofeminismo_y_louise_michel_-_marian_leighton.pdf